

Ε

Juana Zujey González Díaz

---

Licenciatura en Filosofía

## La enseñanza de una ética completa

*Si usted quiere que sus hijos tengan los pies sobre la tierra, colóqueles alguna responsabilidad sobre los hombros.*

Abigail Van Buren

### Introducción

Se habla actualmente de la necesidad de una ampliación de la ética que pueda abarcar animales no humanos, plantas y hasta ecosistemas completos, y que no se aplique sólo al bienestar moral y a la búsqueda de la armonía entre los seres humanos. Sin embargo, parece que si la ética actual se aplicase correctamente, no sería necesario hablar de tal ampliación, que es lo que justamente pretendo defender a lo largo del presente texto. Abordaré la importancia que la responsabilidad moral y el sentido de pertenencia tienen para un comportamiento adecuado dentro de una sociedad humana y un hábitat cualquiera. Explicaré también que resulta insuficiente que en las escuelas se intente sensibilizar un poco a los alumnos respecto al cuidado del medio ambiente si ello no se aprendió desde el momento en que se supo cómo ser sensible con la propia especie.

### Ética: tradicional-ambiental

Durante la mayor parte de la historia se ha considerado al ser humano como un ser superior y tal parece que esta visión no nos ha llevado por un buen camino. Nos hemos acostumbrado a menospreciar a los animales no humanos por no tener nuestras capacidades, pero, ¿es por eso que han de ser menos valiosas sus vidas que las nuestras? Taylor en *La ética del respeto a la naturaleza* plantea una cuestión similar que nos ayudará a ver más claramente la importancia de respetar la vida de manera general y lo irracional de la soberbia humana. Dice:

Los seres humanos reclaman la superioridad humana desde un punto de vista estrictamente humano [...] todo lo que necesitamos hacer es mirar las

capacidades de los animales no humanos [...] un punto de vista de *su* bien para encontrar un juicio de superioridad contrario.<sup>1</sup>

Sobra decir que ver el bien desde un solo punto de vista no es buscar el «bien verdadero»; esto únicamente nos hace sentir mejor a nosotros mismos como especie, o quizá como individuos; sin embargo, bastaría con comprendernos y reconocernos dentro de un entorno compuesto en su mayoría por no humanos para ver lo pequeños que somos, como cuando analizamos las capacidades ópticas del águila para ver las discapacidades propias, por ejemplo.

En la ética tradicional hay principios morales que la mayoría de las personas llevamos a la práctica, como el respeto por la vida. “Una ética vital respeta toda la vida, no sólo el dolor y el placer de los animales, ni mucho menos las preferencias humanas”.<sup>2</sup> No distingue entre los “tipos” o “formas” de vida dignos de respeto y cuidado, y los que no lo son.

Si el respeto por la vida se enunciara simplemente así y no se le agregase complemento alguno que nos hiciera creer que debemos respetar exclusivamente la vida humana, aprenderíamos a respetar la vida al mismo tiempo y en la misma manera en que aprendemos a respetar la vida humana. Si bien es importante cuidar la vida de nuestra propia especie, esto no debería restar importancia a las demás. La ética tradicional debería abarcar dentro de sí a la ética ambiental junto con sus principios, reflexiones y normas de conducta.

Es necesario que tornemos la mirada hacia esos otros «tipos» de vida que hemos dejado de lado. Resulta indudable que los recursos naturales de nuestro planeta se están agotando y que esto ha causado un desorden inesperado que se refleja en grandes desastres naturales. Hemos hecho lo que hemos querido con la Tierra y con los recursos que hemos obtenido de ella o, mejor dicho, hemos hecho lo que nos ha parecido más fácil, más cómodo; simplemente, hemos sido egoístas. Nos hemos preocupado en demasía por el bienestar de nuestra especie dejando de lado a todas las demás. Así, nos parece adecuada la creación

<sup>1</sup> Taylor, Paul, *La ética del respeto a la naturaleza* (Miguel Ángel Fernández Vargas, trad.), UNAM, México, 2005, p. 36.

<sup>2</sup> Holmes, Rolston III, «Ética ambiental: valores y deberes en el mundo natural» en Kwiatowska, Teresa (comp.), *Los caminos de la ética ambiental*, Plaza y Valdés Editores, México, 1998, p. 302.

de nuevas empresas o centros comerciales en nuestras regiones porque traerán más trabajo, inversión, turistas, capital o comodidad, pero esta ambición económica –y negligente– nos ha llevado a ignorar el daño que hacen algunas de estas empresas a sus alrededores con su basura y contaminación.

Hace apenas cuatro meses fuimos testigos de uno de los «ecocidios» más importantes de nuestro estado. Los árboles ubicados en lo que conocimos como el balneario Ojocaliente fueron derribados con la finalidad de crear un nuevo centro comercial en ese espacio. La «vida cómoda» parece no ser tan barata a fin de cuentas; tener un centro comercial cerca de nuestros hogares ha cobrado esta vez uno de los pulmones más importantes del estado.<sup>3</sup> ¿Es necesario terminar con más de éstos para encender las luces de alerta? Quizá bastaría con sabernos *parte* de Aguascalientes y tomar en cuenta en qué medida estas situaciones nos afectan, incluso de manera individual, para entonces entender que como *parte* podemos hacer algo al respecto.

Tener en cuenta dónde estamos parados y qué papel jugamos en nuestro territorio haría innecesarias las clases de educación ambiental y nos ayudaría a conocernos y a reconocernos individualmente como parte dependiente de una sociedad humana y de un ecosistema. Así como estamos *obligados moralmente* a analizar la manera en que nuestras decisiones (aparentemente personales) afectan a las personas con las que cohabitamos, lo estamos de velar por la salud de nuestras mascotas, pero la cosa no termina ahí. Vivir en un mundo natural implica asumirnos como parte de *ese* mundo natural.

## Obligaciones morales

Hablar de *obligaciones morales* desde la perspectiva de James implica una plena convivencia social,<sup>4</sup> pero, sobre todo, implica un sentido de pertenencia a dicha sociedad, al ecosistema y al mundo en general. Pue-

<sup>3</sup> Cfr. Batres García, Maurilio, Bonilla Barrón, José Luis, *Comenzó el ecocidio*. Consultado el 05 de junio de 2014 en <http://bit.ly/1vHOGce>.

<sup>4</sup> Cfr. James, William, *El filósofo moral y la vida moral*. Conferencia ofrecida ante el Yale Philosophical Club, publicada en *International Journal of Ethics*, abril de 1891, p. 231.

de sonar demasiado romántico decir que el sentirnos parte del mundo nos hace sentir obligación por ciertas cosas, pero si lo pensamos detenidamente, tiene sentido: generalmente cuando uno se encuentra inmerso en cierto grupo, cualquiera que éste sea y cualquiera que sea su tarea por y para la sociedad, uno vela por los intereses del grupo en general. Sabemos que si Juan está bien, el grupo entero estará por lo menos un poco mejor de como estaría si Juan estuviera mal o si lo estuviera Pedro o Manuel o Alfredo. Lo más natural es pensar que en una sociedad más compleja sucedan cosas parecidas. Si bien al grupo nos une –además del sentido de pertenencia– cierto cariño y empatía, bastaría con estar conscientes de que una sociedad no es más que un grupo más grande y que también dentro de éste, si mi vecino de al lado o el señor de la calle de atrás están bien, entonces la sociedad estará un poco mejor que si ellos o cualquier otro no lo estuviera.

No propongo que dejemos de crear empresas, que todos vivamos en el bosque para cuidarlo o que dejemos de usar nuestros autos para ir al trabajo y a la escuela, evidentemente a estas alturas ello es sumamente difícil. El ritmo de vida que lleva la humanidad hoy en día exige, hasta cierto punto, la creación de empresas y la utilización de automóviles diariamente; lo que no nos es necesario en ninguna manera es tirar la basura en las carreteras mientras vamos conduciendo, ni que las empresas arrojen sus desechos a los ríos y lagos más cercanos. Si bien nos hemos vuelto sumamente dependientes de empresas, automóviles y energía eléctrica, en ninguna manera dependemos de contaminar el ecosistema en el que habitamos.

Algo que sí podría tomarse como un llamado de atención e incluso como una propuesta es que debemos reconocer la importancia y el alcance de nuestros actos. Las acciones y decisiones que parecerían individuales y personales, son sociales. Cuando actuamos fuera de los límites éticos y morales establecidos –igual que cuando actuamos conforme a éstos–, no afectamos únicamente nuestro ser. Puesto que no vivimos aislados, tenemos la *obligación moral* de contemplar aquello que nos rodea en la toma de decisiones y velar por su bienestar en la medida de lo posible.

Ser conscientes de cuánto importa lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer en pro o en contra de los demás nos lleva a tener siempre la intención de encaminar hacia el bien de nuestras acciones, ¿y qué es el bien si no un constante encaminarnos hacia él? Dice

Dewey,<sup>5</sup> y en esto está de acuerdo James,<sup>6</sup> que el bien no es algo a lo que pueda referirse como un fin último al cual tengamos que llegar para decir si somos o no, buenos o malos. El bien es simplemente un camino por el que decidimos andar firmemente y sin descanso. Si es cierto que hay cualidades que nos llevan hacia él, tales como la honradez, la templanza o la justicia, no se halla en ninguna de éstas, aquello a lo que nos referimos con «bien» en concreto.

Es importante notar que no estamos apelando a un relativismo sino a una construcción constante de conceptos como «bueno» y «malo», una que no implique sólo aquellos que se han denominado comúnmente «bienes intelectuales». Asimismo importa, y en esto hace hincapié Dewey, que aprendamos a ver todos los bienes como bienes netos y no a los unos como fines y a los otros como medios.<sup>7</sup> El dinero, por ejemplo, y la propiedad privada se han visto como bienes instrumentales a lo largo de la historia; sin embargo, esta situación nos ha llevado a alejar la mirada desde una perspectiva moral de ellos y esto a su vez nos ha convertido en dependientes de éstos; nos ha hecho perder consciencia de cuánto dañamos a nuestro propio hábitat con nuestros vicios y ambiciones y ha llevado al planeta a un constante, preocupante e irreversible desgaste.

En la medida en que aprendamos que todos los bienes son medios que nos permiten seguir caminando por “el camino del bien”, aprenderemos también a no dejarnos dominar por nuestras inclinaciones hacia ninguno de ellos. De la mano de la templanza tendremos que aprender que tanto el arte como la propiedad privada y el cuidado del medio ambiente son importantes y que aportan características fundamentales e indispensables a nuestras vidas, pero, sobre todo, que forman parte de nosotros, es decir, que forman parte del hábitat en el que tomamos parte con acciones individuales.

No somos más que individualidades pertenecientes a un todo y si a nosotros nos competen cosas como la propiedad privada y el alimento que nos llevamos a la boca día con día, no nos competen únicamente a nosotros sino a la totalidad. Es necesario que no restemos importancia a nuestros intereses personales, pero también lo es que

<sup>5</sup> Cfr. Dewey, John, «La reconstrucción en los conceptos de la moral» en *La reconstrucción de la Filosofía*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993, p. 180.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, James, William, p. 230.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, Dewey, John, p. 192.

veamos más allá de nuestra nariz y notemos que no somos la única especie con vida sobre la Tierra, pues si aquellas otras se terminan, nos terminamos también nosotros.

No es ésta únicamente una invitación a centrar nuestra atención más allá de nuestros propios intereses económicos y nuestra propia comodidad, pues aun si viéramos sólo lo que a nosotros nos conviene, podríamos hablar de la importancia de no destruir las fuentes de oxígeno más importantes de nuestro territorio. Aquello nos privaría –como de hecho ya lo está haciendo–, de pequeños placeres que la naturaleza nos permite disfrutar a cambio de respetar su espacio: ver más de dos estrellas en el cielo nocturno, por ejemplo, o disfrutar de un día de campo o nadar en uno de esos ríos –si no estuviesen contaminados–, en nuestros tiempos libres. Sobre todo, respetar el espacio que la naturaleza ha destinado como fuente de oxígeno nos permitiría vivir y –si lo respetamos lo suficiente–, nos permitiríamos a nosotros mismos vivir más sana y cómodamente.

## Educación ética

Quizá no deberíamos entonces hablar de una extensión de la ética, debería bastar con entender los alcances de la que ya tenemos y aplicarla de la mejor manera posible; debería bastar con enseñarla en las escuelas primarias de manera distinta, de una manera que no excluya a las especies no humanas de sus alcances. El libro *Los caminos de la ética ambiental* nos dice al respecto que “ni la teoría ni la práctica [...] necesitan valores al margen de los sujetos humanos, pero la ética ambiental debe ser más objetiva biológicamente: no antropocéntrica”.<sup>8</sup> Bastaría, insisto, con que se nos enseñase una ética completa que no excluyera a los no humanos. Si así se hiciera, no necesitaríamos siquiera plantearnos el problema de si los animales deben ser tomados en cuenta o no, lo tendríamos claro sin más ni más.

Hemos visto que no es útil, suficiente ni productivo enseñar ética y valores de manera excluyente en las escuelas de educación primaria, para luego intentar que aquellas mismas personas que aprendieron a respetar la vida y la integridad física de sus semejantes aprendan ahora a

---

<sup>8</sup> *Op. cit.*, Rolston, Holmes III, p. 293.

respetar también a los animales no humanos y al resto de los seres vivos que habitan en su entorno.

Es importante diferenciar aquí la *educación* de la ética ambiental. La segunda es mucho más extensa que la primera. Sucede que la ética ambiental posibilita la educación ambiental brindándole a ésta posibilidades y contenidos de enseñanza al fomentar un conjunto de valores éticos referentes al medio ambiente. Ello es uno de los objetivos de la educación ambiental, mas no el único fin que persigue la ética. Ésta busca reflexionar sobre las circunstancias ambientales que se viven actualmente.<sup>9</sup> En pocas palabras, la ética ambiental busca justicia, una justicia que no aplique sólo a seres humanos sino que se deslinde de todo tipo de discriminaciones, de raza, especie, sexo, etcétera; mientras que por medio de la educación ambiental se busca hacernos conscientes de lo que se hace en materia de ética así como de la importancia de cambiar nuestras conductas.

Una vez aclarada la notable diferencia, hablemos un poco de la educación ambiental en concreto. Este intento de educación, ciertamente, no es más que una excelente vacuna contra la ética ambiental que debimos haber aprendido desde que aprendimos a socializar con seres de nuestra misma especie en un salón de clases en el jardín de niños; ahí mismo debimos haber aprendido a respetar al resto de las especies. No basta con hacer dos o tres experimentos al inicio de nuestra educación utilizando algunas plantitas que generalmente dejamos morir una semana después de la evaluación que las generó.

Es tiempo ya de que tanto padres de familia como maestros y la generalidad de los adultos comencemos a enseñar una ética completa desde que empezamos a enseñar ética. Es tiempo ya de que los adultos dejemos de ver el calentamiento global, por ejemplo, como un simple problema ambiental en el que no podemos actuar. Creyendo que no hacemos nada seguimos perjudicando de manera irreversible al medio en que nos desarrollamos constantemente. Cuando hagamos consciencia de todo lo que implican nuestras irresponsabilidades, podremos enseñar a los más pequeños acerca de cómo ha de vivirse realmente la ética; y cuando enseñemos cómo vivir la ética de manera completa, sabremos respetar la totalidad que nos rodea comprendién-

<sup>9</sup> Ruíz Cabezas, Meri Rocío, *La ética ambiental. Un camino para la supervivencia*. Consultado el 05 de junio de 2014 en <http://bit.ly/1r8NIWG>.

donos como parte de ese todo, como una parte que evidentemente se ve afectada si el todo se afecta.

## Conclusión

La tarea de los animales humanos ha de empezar ahora con una conscientización acerca del riesgo que representa el deterioro del medio ambiente más allá de la sensibilización que brinda la educación ambiental. Sobre todo, la tarea del filósofo del siglo XXI ha de empezar con la firme convicción de erradicar la ética ambiental incluyéndola y enseñándola como parte de la ética tradicional a la manera de una reflexión más en pro del bienestar moral. Recordemos –para finalizar– que la filosofía, desde la perspectiva de Samuel Ramos,<sup>10</sup> no puede hacerse entre cuatro paredes. Es sumamente necesario que el filósofo salga a las calles a conocer su entorno, que permanezca en él una consciencia vigilante y un sentido de solidaridad con su alrededor, lo que aunado a su disciplina reflexiva y su lucidez característica, le brinden las herramientas para actuar en pro de la resolución problemas tan actuales y preocupantes como lo es el cuidado del medio ambiente.

---

<sup>10</sup> Ramos, Samuel, «Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos» en *Cuadernos americanos*, Vol. XLII, No. 6, Nov-Dic, 1948, México.